

## XXIII.

Fué un espléndido día, el día 30.

Heló fuertemente en la madrugada, pero el sol apareció tras las montañas en un cielo de un azul purísimo. Sin embargo, continuó sobre el campo el sombrío espectáculo del desastre, y los mismos contornos tristes de las casas arruinadas y la iglesia en escombros, ardiendo silenciosamente, vomitando negras humaredas, hirió la imaginación del oficial predisponiéndole más que nunca á la tristeza. Esa mañana después de almorzar unos trozos de carne de res con papas cocidas y un poco de café caliente, comprado carísimo á las viejas soldaderas, fué al mando de 20 hombres á hacer algunas excavaciones en la iglesia, donde creíase encontrar el tesoro de Cruz.

Solo cadáveres horriblemente aplastados bajo las piedras, campanillas, viejos papeles y trozos de metal se encontraron.

Allá en el *cuartelito*, otra fagina removía también los escombros, hallando cadáveres de hombres, mujeres y niños, carabinas, fusiles, bayonetas, pistolas y un prodigioso número de cartuchos quemados. Se encontró también un kepi de teniente coronel.

Se pudo reconocer sobre las paredes de las destechadas casas las huellas del plomo de los proyectiles, y los anchos boquetes abiertos por el cañoncito, pudiéndose comprender perfectamente la inutilidad de sus descargas sobre a-

quellos durísimos adobes.

Dado el número de granadas y botes de metralla lanzados, sólo un pequeñísimo número habían hecho efecto sobre el pueblo ¡Ah! lo más terrible, lo que causaba dolorosísima impresión en el ánimo, eran los destrozos y extraños del incendio que sólo dos casas había respetado!

La lenta combustión de los cadáveres continuaba en todos sus detalles siniestros. El viento llevaba las cenizas y avivaba las llamas de las fúnebres hogueras, en torno de las que vagaban, gruñendo sordamente, cerdos voraces que se cebaban en los trozos de carne aun intactos por el fuego.

Tanta repugnancia causaba aquel espectáculo que las *viejas* ya no guisaban con manteca de puerco, ni comían su carne.

En cambio, flacos, mohinos y azorados vagaban los perros, de casa en casa, aullando dolorosamente y huyendo despavoridos en cuanto veían acercarse los soldados, que muy afectos á estos animales les arrojaban carne, que desdeñaban, no obstante el hambre que los devoraba.

La casa que ocupaba la fuerza del 9º Batallón, era la de Reyes Dominguez, fuera del núcleo del cacerío.

Se la había respetado, porque este fué uno de los pocos que no siguieron la causa de Cruz Chávez, de quien era cuñado; pues estaba casado con una hermana de aquel.

Reyes hacía mucho tiempo que se encontraba en Guerrero con su familia y un viejo francés que había sido maestro de escuela en Tomochic.

En cuanto supo el desastre, muy favorable para él, se trasladó en día y medio á su casa, donde por supuesto se encontró sin su ganado y sin los granos que tenía alma-

cenados.

En el fondo del patio, donde estaba la habitación, se instalaron los oficiales, tendiendo en los ladrillos cueros de res, zaleas y cobertores; y como en la tarde habían llegado otros de los demás cuerpos, un capitán de nacionales, entre trago y trago de enorme botella de sotol puso el monte para que se divirtieran los muchachos, como él dijo.

Formóse una gran rueda en el suelo; sobre un cobertor morado, arrodillados unos, á la turca otros y muchos recostados, los oficiales ante las cartas de los albures se acaloraron, dejando y recogiendo billetes, según la suerte se les presentaba, entre los gritos de las disenciones y disputas, allá en el fondo del cuarto invadido por azul y espesa nube de humo de cigarros y puros.

—“¡As de copas á la puerta viejo!”

—¡Carámba, que suerte tiene el poetastro!

—¡Aquí me falta un peso que iba á la vieja, mi Capitán—y Castorena extendió imperiosamente la mano.

El capitán, un charrote de cara de bronce, le arrojó un billete.

—Pongan claro su dinero señores, el dinero habla—y el juego siguió.

Miguel en pié, había jugado algunos billetes que había perdido, así es que se retiró, yendo á pasear fuera de la casa, esperando que fueran las seis de la tarde para entrar de guardia.

En el patio la tropa estaba muy contenta y descansaba, charlando y comentando los últimos acontecimientos, al lado de sus mujeres.

A las cinco de la tarde volvió el campamento á conmoverse con el espectáculo de la procesión de las mujeres y

niños que fueron trasladados á la casa de Reyes Domínguez: en la puerta del cuarto que ocuparon se apostó nuevamente un centinela.

Después de pasar revista á los doce hombres que debían entrar de guardia, Mercado relevó el servicio á las seis de la tarde.

A las cinco había llegado un correo de Guerrero, el que traía entre otras cosas, correspondencia particular para algunos oficiales.

Eran las siete de la noche, cuando un capitán le entregó una carta.

Al ver el sobre quedó consternado. Era letra de su madre.

Lo rompió temblando y acercándose á un farol, puesto sobre una gran piedra, cerca de la puerta, á su luz semi rojiza y escasa leyó, inclinándose un poco:

“Octubre 19 de 1892.

“¡Ojalá que el cambio de guarnición te alegre un poco y sanes de tus enfermedades! Dicen que Chihuahua tiene un temperamento muy sano.

“Pensaba no escribirte para no amargar mas tu vida, pero es preciso que te comunique que soy muy desgraciada y que no me pertenezco; que Leandro arrepentido ha vuelto y me lleva lejos de México, al extranjero, ¡quién sabe dónde! Sé bueno y perdona á tu madre que te quiere con toda su alma.

“Piensa en Dios, único consuelo de los que sufren . . . . ora y ten fé.

Tu madre

ANGELA.”

El infeliz Miguel preso de horrible vértigo experimentó un ánsia infinita, se le oprimió el pecho, se le nublaron

los ojos y sollozó. Sollozó en un rincón del portal, tras del centinela de la puerta, anonanado por aquel golpe terrible. ¡Ya no había nada en el mundo! Todo era falso en la vida....la realidad era horrible....su misma madre lo abandonaba voluntariamente....dejándolo solo....

¡Sólo! ¡Qué siniestra palabra! Ella reasumía todo el infortunio de su vida desventurada, encerraba la amargura, el desencanto, el tedio infinito á que se vería perpetuamente condenado!

Mucho tiempo permaneció así, abismado, sin comprender nada de lo que pasaba á su alrededor; después fué preciso sobreponerse y tuvo al fin conciencia de su situación.

Salió al campo para refrescarse, paseándose ante el cuerpo de guardia, carabina en mano, como se prevenía para el servicio.

Un grupo de oficiales charlaban afuera con el propietario de la casa, Reyes Dominguez.

Se discutía el origen de la sublevación de Tomochic, comentábase aquella violación de una muchacha por una autoridad de Guerrero; los impuestos excesivos; el cuadro mural de la iglesia que intentaba llevarse el Gobernador Carrillo; los atropellos de la soldadesca del primer destacamento y la ambición de algunos que atizaron los rencores del pueblo que empezaba á ser fanatizado por Cruz Chávez.

Después, Reyes contó al corrillo de Oficiales que le rodeaba, las costumbres de los tomochitecos, costumbres verdaderamente patriarcales. Eran excelentes labradores, comían sobriamente, casi no bebían alcohol, vestían muy bien, teniendo abrigos de telas americanas, para el frío. Como todos eran cazadores y algunos habían hecho la gue-

rra á los salvajes, á nadie le faltaba su carabina y su par de cananas.

Se dejaban crecer el pelo y la barba, tenían ojos negros muy hermosos y casi todos eran altos y robustos.

Entonces la conversaci6n recay6 naturalmente, sobre la manera como murieron los últimos que sacaron moribundos del cuartelito incendiado.

Los trasladaron del portal en que estaban en fila al llano, diciéndoles que rezaran porque los iban á fusilar; Cruz rogó que lo colocaran junto á su hermano; así lo hicieron.

Uno que apenas podía hablar murmuró:

—Cruz, Cruz.... polvitos.

—Déle á Nicolás,—dijo Cruz á un soldado del 12º— Este le llevó un escapulario que contenía unos polvos de la Santa de Cabora.

Cerca de los moribundos estaban un capitán y un oficial del 5º Regimiento con un pelotón de soldados con las armas cargadas.

—¡Hínquese!—le dijeron al que estaba en un extremo, mientras un soldado acercándose alzó su carabina muy tembloroso.

—!No puedo!... Iba á incorporarse; pero el soldado á boca de jarro le disparó haciéndole pedazos el cráneo y chamuscándole los cabellos; el cuerpo rebotó quedando boca abajo.

En ese momento otro soldado hizo fuego sobre Cruz, el que si se pudo arrodillar; cayó de espaldas con el pecho atravesado, quedando con la boca abierta y los ojos viendo al cielo.

Al último que fusilaron le dieron dos balazos, porque al soldado le temblaba tanto la mano, que á un paso apun-

tándole al pecho le hirió en el estomago; el tomoche recostado, dió un salto y gritó:

—¡Viva el poder de Dios!

Después le volvió á disparar metiéndole la bala en la cuenca del ojo.

¡Así refirió un teniente la muerte de los últimos *tomoches*!

Miguel estremecido, se apartó del círculo de oficiales, y paseándose meditó silenciosamente en el enorme desastre de aquella tragedia colosal, desarrollada en un hueco de la Sierra Madre, en medio de una República . . . . en plena paz.

¿Quién podría nunca sospechar en lo de adelante, lo inmensamente trágico del nombre de TOMOCHIC, oscuro cerro perdido en las soledades de Chihuahua y casi desconocido hasta entonces?

Las cifras que los oficiales del estado mayor apuntaban, eran de una dolorosa elocuencia, y no obstante, era fácil dudar de su exactitud. Aplicando el tanto por ciento de muertos y heridos en aquella pequeña pero terrible y sangrientísima campaña, á cualquiera otra mayor en escala, hubiera resultado algo que hubiese helado de pavor. De más de mil hombres no restaban ni cuatrocientos! De más de cien tomochitecos hábiles para tomar las armas, no que daba ni uno!

Sobrevivían solamente del desventurado pueblo, 114 mujeres y niños. Infinidad de cadáveres de éstos se habían hallado en los escombros humeantes de la iglesia y de algunas casas.

Miguel, aterrado ante estas consideraciones, continuaba paseando, á la luz de la luna que resplandecía en la mitad de un cielo azul oscuro.

Sus compañeros se habían retirado á causa del frío ya intolerable, y él quedó solo ante la puerta cerrada tras de la que estaba el cuerpo de guardia.

El oficial tenía á su frente el valle inmenso y solitario, como una ciudad mortuoria en la que brillaban tristemente las hogueras en que ardían los cadáveres.

En las habitaciones ocupadas por las desgraciadas familias, se oía, como siempre, el vago rumor de los sollozos de los niños y las voces débiles de los viejos que rezaban por las almas de los muertos.

## XXIV.

Al fin cansado y muerto de frío, el subteniente penetró al portal del cuerpo de guardia, mandando al cabo de cuarto que atrancara solidamente la puerta.

Se sentó, envuelto en su capote y calándose la capucha, en un apolillado taburete, cerca de un buen fuego que levantaba sus llamas, esparciendo en torno un agradable calor que confortaba los ateridos miembros del sargento de guardia y del cabo, que dormían envueltos en sus zarapes, sentados en el suelo, con las piernas cruzadas.

En el patio, al aire libre, dormía la tropa con sus mujeres, al lado de sus maletas y los pabellones de armas correctamente alineadas. Allá en los rincones una que otra fogata moribunda, alzaba melancólicamente sus últimas llamas del montón de carbones y cenizas, avivadas por las ráfagas que soplaban del Norte, llevando las emanaciones pestilentes, de los cadáveres, y el olor particular de las casas incendiadas.

Así, dormitando ligeramente ante el fuego que chisporroteaba, pasó largo tiempo, hasta que la luna hubo traspuesto los montes.

De repente una voz del fondo del patio, gritó:

—¡Cabo de cuarto!

—¿Qué ocurre?...—contestó éste incorporándose y refunfuñando.

Era el centinela apostado en la puerta del departamen-

to de las mujeres. Cambiaron algunas palabras en voz baja y regresó el cabo, diciendo á Miguel:

—Mi subteniente, una de las prisioneras, que está muy mala, quiere agua, porque se les acabó; dicen que se está muriendo.

—A ver, vaya usted á conseguirla con alguna vieja y llévela inmediatamente. Sargento, le encargo mucho cuidado, voy á ver que sucede.

Atravesó el patio, tropezando con los soldados tendidos en el suelo, hasta llegar al aposento de las infelices.

Allí contempló un espectáculo de horrible miseria.

Una linterna de vidrios opacos y sucios, al nivel del suelo, alumbraba con escaso y amarillo fulgor, una estancia de unos treinta metros cuadrados, cuyas paredes muy bajas, se adivinaban en la penumbra lejana.

Aquella linterna teñía de amarillentos fulgores á infinidad de figuras yacentes que proyectaban sombras colosales y fantásticas, allá en el fondo negro y opaco del cuarto impregnado de un hedor insoportable.

Montones de harapos, significaban mujeres dormidas, en tanto que otras sentadas en angustiosa inmovilidad parecían ánimas sufriendo resignadas los martirios del purgatorio.

La voz de un niño que se quejaba dolorosamente, surgía de un rincón, en tanto que un ronquido sofocado hacía volver la vista al centro del cuarto, donde el anciano jorobado, de rodillas ante un arcón olvidado, con los brazos cruzados sobre la tapa y la frente sobre ellos, se había quedado dormido, probablemente en medio de su oración. Una mujer, en pie en otro rincón, hablaba, dirigiéndose á otra tendida en el suelo.

Miguel creyó reconocer aquella voz. Se acercó, avanzando de puntillas, y muy quedo dijo:

—Ya van á traer el agua, ¿quién se está muriendo?

—Sí.... Sí.... agua, tantita agua, señor, señor—contestó allá en el fondo de la pieza una voz débil y dulce, con un tono suplicante.

El joven conmovido, se detuvo abriendo los ojos en la penumbra, experimentó tal sacudimiento nervioso que los cabellos se le erizaron, conteniéndosele la respiración... y este pensamiento llenó solo su cerebro: ¡Julia!

Sí, era Julia, no le cabía la menor duda; y con el pecho oprimido, se acercó hasta llegar donde la mujer en pié, le contemplaba sin contestar una palabra. Era Mariana.

—Julia ¿es usted?—murmuró tratando de ver el rostro de la desventurada que se quejaba muy debilmente y que de súbito se incorporó, apartando con un movimiento nervioso la manta miserable que la envolvía.

Entonces vió un rostro huesoso y lívido que le miró tenazmente con sus ojos negros orlados de grandes círculos oscuros. Había dejado descubierto su seno flaco y pobre que no bastaba á ocultar una camisa sucia y ensangrentada.

—Pero no,—dijo el oficial, esta no es Julia,—pero ella murmuró:

—Señor, me muero, tengo sed, tantita agua.

En aquel momento entró el cabo con un jarro de agua, que Miguel le arrebató bruscamente, y arrodillándose en el suelo, al lado de la enferma, con el acento meloso con que se habla á un niño enfermito que se resiste á tomar un brebaje amargo, le dijo:

—Muy poquita, Julia.... mucha le hace daño,.... así  
[.... ¡ya!.... ahora sí, ¡ya!.... acuéstese usted,—y cuan-

do la pobre volvió á recostarse trabajosamente, boca arriba, con los ojos abiertos, jadeante y escupiendo una saliva negra, Miguel preguntó á Mariana, en pié, soñolienta y atontada:

—¿Pero qué le ha pasado? ¿Qué tiene? ¿Está herida?...

—Sí, le dieron un balazo en el pecho.

—Cállese Mariana, no se lo diga, no, no quiero,—y un violento acceso de tos le cortó la palabra; luego una gran postración la privó, haciéndole bajar los párpados; respiraba fatigosamente, extendiendo los brazos como para apartar funestas visiones.

—Sí señor, dijo al fin la anciana con voz lenta y cascada que sonaba lúgubrementemente en el silencio de la pieza, si señor, Cruz le dió su carabina para que lo ayudara, y el otro día que la había puesto detrás de un agujero para tirar para allá,—y señaló con un movimiento de cabeza, un punto vago de la habitación, entró una bala, y ya vé usted, Dios se la va á llevar.

Julia, bajo la tosca manta, se estremeció, balbuceando con infinita desesperación:

—¡No quiero morir.... soy muy mala, señor, me voy al infierno.... no quiero.... no quiero!.... ¡perdón!....

Miguel, aterrado ante la infeliz moribunda, no hallaba que decir, ni que hacer en tan supremo instante, en que principiaba un espantoso delirio.

—Julia.... Julia.... por Dios.... acuéstese!.... ¿no me conoce?

Se había incorporado, y casi desnuda trató de ponerse en pié, como para huir de él; pero la retuvo dulcemente, tocando su carne que ardía al calor de intensa fiebre; y entonces ella, mirándole con ojos extraviados, ríe con risa

extraña de loca enamorada.

—Sí... contigo, sí... pero no mas contigo, *lindo*, mi vida... ah! pero que se vaya Don Bernardo... ¡joyen?... cuánto balazo... ¡cuál es mi carabina!... ¡que mueran!... préstame tu canana, Pedro... ¡viva el poder de Dios!

El jòven, arrodillado à su lado, trató de cubrirle el seno, pero volvió á arrojar el extremo del viejo cobertor, y después de un instante de calma, continuó balbuceando frases incoherentes, extendiendo los brazos, riendo y sollozando.

Había pasado Miguel su brazo tras de la espalda y así la sostenía silencioso, escuchando consternado aquel monólogo siniestro.

De repente calló y contemplándolo fijamente, sonrió de nuevo con éxtasis indefinible, acercó su cabeza á la suya, extendiendo los labios en demanda de un ósculo, pero Miguel la besó en la frente con castísimo beso.

—¡Contigo!... ¡siempre contigo!... permaneciò alestargada un momento, pero abriendo los ojos, con una voz ronca y extraña, impregnada de horror y cólera, gritó:

—¡Viva el poder de Dios!

Una ráfaga fría de pavor inundó el cráneo del oficial que aflojó el brazo que sostenía á Julia desvanecida y ésta cayó hácia atrás golpeando con ruido seco su cabeza contra la piedra que le servía de almohada. Una violenta convulsión la sacudió, abrió la boca y espiró.

.....

.....

Cuando Miguel con voz terrible ordenó al cabo de cuarto que abriese la puerta, éste obedeció al momento, pero

con la firme convicción de que el subteniente estaba borracho.

Eran las tres de la mañana las constelaciones en el cielo irradiaban cintilando, la masa enorme y ondulante de los montes se esfumaba con indefinidos contornos, y allá en las tinieblas surgían esparcidos en el valle, puntos luminosos y amarillentos. Los cadáveres ardían silenciosamente y las rafagas heladas de la sierra barrían sus cenizas, llevando nauseabundos olores. Profundo silencio en la inmensa soledad del campo frío y oscuro.

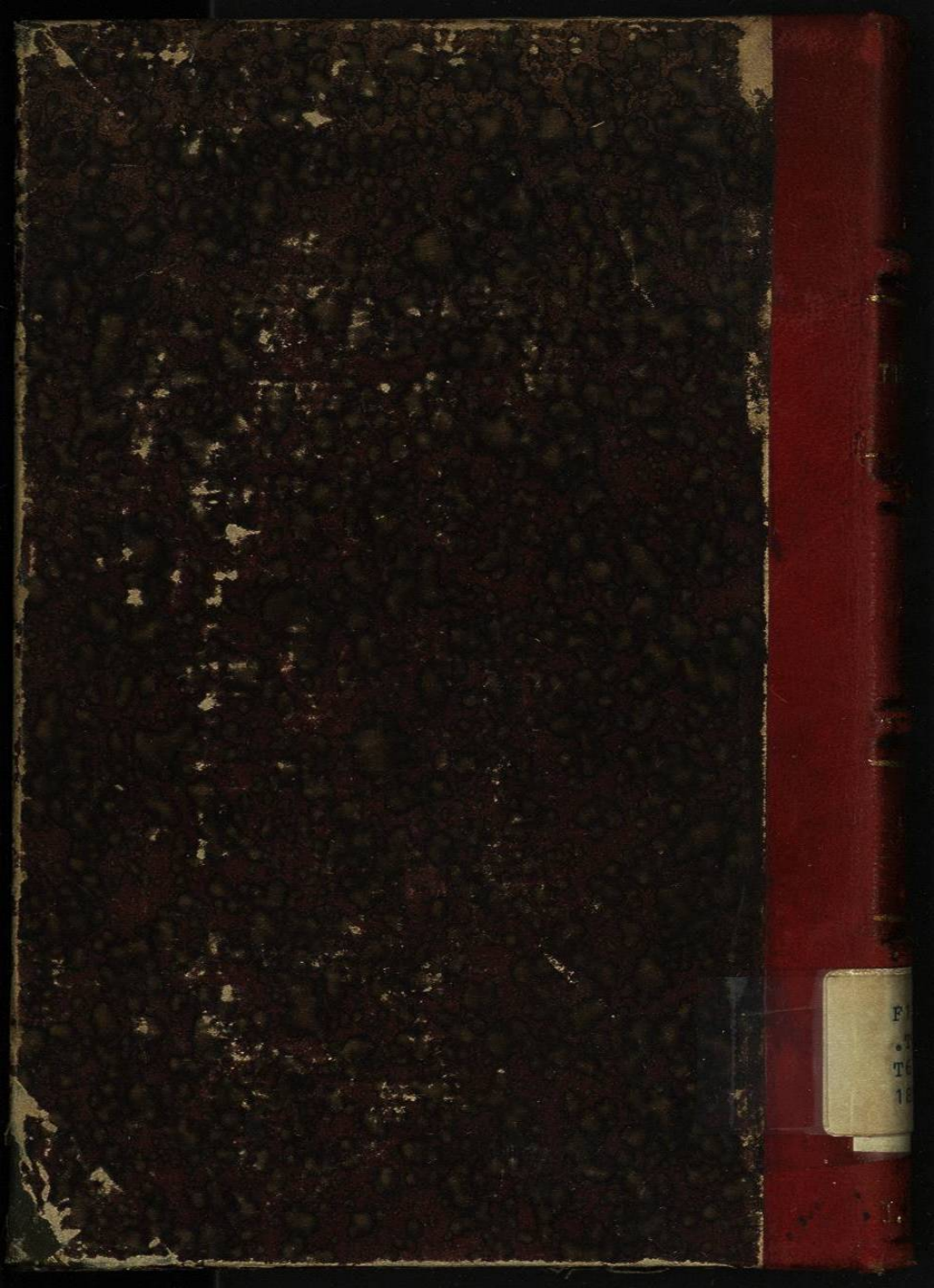
—¡Ah! Señor... ah! Dios mío... solo... ¡solo!— murmuró, cuando el viento glacial de la madrugada batió su frente descubierta con el kepi alzado á media cabeza. Y entonces por fin, después de muchos años tristes y amargos, pudo llorar, llorar como nunca había llorado, con llanto continuo, consolador y dulce.

Y después, como siempre, la reacción le siguió y resignado à la sombría fatalidad del destino, miró con sus ojos tristes, hùmedos aún, con sonrisa de amargura infinita, el horizonte negro, maculado por los fulgores fatídicos de los cadáveres ardiendo en la soledad profunda del valle.

FIN.







F  
.3  
T  
18